



MITSUHIRO MONDEN

LA
PRINCESA
ESMERALDA

minotauro

LA PRINCESA
ESMERALDA

Mitsuhiko Monden

minotauro

Título original:
Soui no suehime

SOUINO SUEHIME by Mitsuhiro Monden
Copyright ©Mitsuhiro Monden 2021
All rights reserved.

Original Japanese edition published by Tokyo Sogensha Co., Ltd., Tokyo
This Spanish edition is published by arrangement with Tokyo Sogensha Co., Ltd.,
Tokyo in care of Tuttle-Mori Agency, Inc., Tokyo

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Gabriel Álvarez Martínez
Ilustración de cubierta: Cover Kitchen

Revisión: El Taller del Libro

ISBN: 978-84-450-1623-7
Depósito legal: B. 20.700-2023
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

1

El viento soplaba en ráfagas, como un sollozo entrecortado.

Sacudió árboles, quebró ramas, desperdigó un sinfín de hojas y, en medio de la noche, sin perder ni un ápice de fuerza, arremetió contra el cuerpo de la muchacha, que estaba sentada en una sobria silla. Su cuerpo, privado de calor, quedó aterido, y la melena gris que llevaba recogida atrás se desgredió, pero la muchacha se limitó a agachar la cabeza temblando y, con la piel de gallina, aguantar en medio de la oscuridad.

Gruesos nubarrones cubrían totalmente el cielo, interceptando por completo la luz de la luna y las estrellas, de forma que todo cuanto estaba a la vista quedaba sumido en tinieblas. De haber un resquicio de luz, se habría distinguido un bosque de árboles latifoliados, bajos y esmirriados, cuya altura ni siquiera alcanzaba las tres *hiro*.

Era la frontera.

Una delgada franja de tierra, frágil y peligrosa, que no pertenecía a nadie, surgida por causa del azar entre el mundo de los *myōfu* y el de las personas. Una legua más al sur se erguía la línea defensiva que protegía la región de Ichinomiya. Al otro lado se encontraba el territorio de las personas, un mundo en que la gente vivía en paz y que Ichinomiya había protegido durante generaciones, jugándose la vida.

En este lado, en cambio, todo era distinto. Aquí, hasta los árboles eran incapaces de expandir sus raíces en la tierra árida, de desarrollar troncos altos y gruesos, pues dos destinos les aguardaban mucho antes de conseguirlo: acabar siendo despedazados por las bestias que masacraban personas o ser talados y empleados en la defensa del territorio de las personas.

En el fondo de ese lastimoso bosque, en un punto que, en ese momento, velado por las tinieblas, no se distinguía, abría sus fauces un enorme vacío. Un agujero cuasi redondo nacido del derribo de los árboles. Si la muchacha —Kisa— conocía la existencia de ese agujero, invisible por

mucho que aguzase la vista, era porque se lo había dicho Yaga, el líder de la Comitiva de la Señora.

Aquel orificio gigantesco con forma de almirez, cuyo diámetro superaba las doce *hiro*, parecía prolongarse hacia el fondo de la tierra. No se trataba, ciertamente, de un simple agujero. Dentro, moraban criaturas aterradoras capaces de masacrar a las personas como si de insectos se tratase.

Era, en definitiva, un nido de *myōfu*.

«No es demasiado grande», había dicho Yaga.

Para los *myōfu*, en su mayoría muchísimo más grandes que una persona, aquel no era más que un hoyo pequeño y angosto, pese a su capacidad para engullir a cien o doscientos individuos.

Gracias a las expediciones previas de las comitivas de los fuertes, sabían más o menos las clases de *myōfu* que vivían allí, su número y su tamaño. Podían esperar encontrar lo propio de un nido tan modesto: un braquiado pequeño y cuatro o tal vez cinco «escolopendras» de las mismas proporciones.

En la mente de Kisa se reproducían las palabras de Yaga: «No hay nada que temer. No hay ningún problema. Yo mismo he elegido a cada uno de los miembros de la Comitiva de la Señora de entre los hábitos negros de Ichinomiya, encargados de devastar a los *myōfu* y proteger el mundo. Si cada uno de nosotros hace alarde de su poder, podremos destruir un nido como ese sin mayor dificultad».

Palabras llenas de pasión y valor. Kisa sabía, sin embargo, que la palabra «nosotros» no la incluía a ella; que ella no se hallaba entre los destinatarios de su discurso.

«La Comitiva de la Señora». Ni siquiera el grupo defensivo que llevaba por nombre su calificativo aguardaba de ella que hiciese alarde de su poder. Lo único que se esperaba de Kisa era que estuviese ahí.

Sabía cómo la llamaban a sus espaldas, qué pensaban de ella más allá de la cortesía superficial con que la trataban: era «la Infame», la Señora inútil y defectuosa, inferior a sus hermanos, incapaz de devastar a un solo *myōfu*.

«Aun así, he de cumplir este papel», se dijo. «El único que se me ha dado y que he sido capaz de obtener como persona por cuyas venas corre la sangre de los hábitos esmeralda». Mientras repetía esas palabras para sus adentros, el tiempo fue pasando y las tinieblas se espesaron. El fuerte viento nocturno se había transformado en un flagelo de innumerables cuerdas gélidas que azotaban repetidamente su cuerpo. Le dolían las puntas de las

extremidades, frías como hielo y nieve, pero un sudor frío le rezumaba y caía en regueros bajo el sayo de combate.

A pesar de ello, Kisa mantenía la espalda erguida en el sobrio asiento —una tela tendida sobre dos pares de patas— con la mirada clavada en sus manos, unidas sobre su regazo.

—Señora —la llamó con suavidad una amable voz femenina—. Los miembros de la comitiva se han colocado en sus respectivas posiciones conforme a las indicaciones del señor Yaga. Quisiera pedirlos que comencéis dentro de medio *koku*.

—Entendido —contestó Kisa con la voz enronquecida, y tiró suavemente con ambas manos del cordón de cuero que le colgaba del cuello. El extremo estaba unido a una gran gema irregular de color gris del tamaño de su puño.

—Os habéis despeinado.

Aquella voz femenina era reposada, deferente; no se percibía en ella ni un atisbo del sofoco que hacía que el cuerpo de Kisa se achicase.

—Permitidme que os lo ate de nuevo.

—Adelante —contestó Kisa. Y notó cómo alguien se le acercaba por la espalda sin hacer ruido. Al volverse en la oscuridad, sus ojos captaron a duras penas la alta figura de la chica.

—Gracias, Noe, por haberte dado cuenta.

Notó que la chica tragaba saliva.

—Os habéis acordado de mi nombre.

—Por supuesto —dijo Kisa con voz un tanto trémula, pero clara.

—Os lo agradezco —dijo Noe casi en un susurro, tras lo cual guardó silencio un rato—. Os protegeremos con nuestra vida, Señora. Vos concentrad todas vuestras energías en manejar el *gyokuju*.

Kisa asintió con brevedad y miró al frente. Mientras soportaba la molestia en la yema de los dedos, tan fríos ya que no le parecían suyos, clavaba los ojos en aquella oscuridad insondable; en el nido que, supuestamente, habían construido allí al fondo sus grandes enemigos, los *myōfu*. Alargó las manos y envolvió con delicadeza el *gyokuju*, la gema irregular que le colgaba del pecho.

La sensación blanda bajo sus pies evidenciaba que pisaba suelo ligeramente húmedo. Sin embargo, no sentía el olor a tierra ni la fragancia de los árboles. Lo único que llegaba a sus fosas nasales era un aire en el que se

entremezclaban hedor a hierro oxidado, vómito y deyecciones; un aire que por fuerza evocaba la agonía de personas.

Kisa no sabía ya cuánto tiempo había transcurrido desde el inicio de la retirada. Se había limitado a huir a ciegas, dejándose guiar a través de las tinieblas, sin saber muy bien qué había ocurrido ni adónde se dirigían.

Sus pies se detuvieron en seco. Y no por voluntad propia. Se paró y contuvo el aliento al igual que el resto de miembros de la comitiva que la protegía, muy diezmada ahora.

El viento también cesó, como si los vigilase.

Se fue acallando el susurro de las copas de los árboles. Se marchó el sonido del roce de las hojas, como dado a la fuga, impelido por el aire viciado.

Un aura hostil comenzó a henchir aquella atmósfera impregnada de humedad y putrefacción. El bosque no dejaba de ensombrecerse, y tanto los árboles y los matojos carentes de movimiento como todas las alimañas y los insectos que se agazapaban en la oquedad de los troncos, en el fondo del suelo y entre la espesura, contenían el aliento, callados, inmóviles, aterrorizados.

Un silencio ensordecedor reinaba en toda la zona. Los tenues estertores y rezos que hacía un instante se oían en lontananza también estaban desvaneciéndose, como aplastados y constreñidos por una mano invisible.

El sayo de combate, adherido a la piel por efecto del sudor, y la coraza corta de carapacho que llevaba por encima y a la que, en teoría, debería estar habituada, le resultaban terriblemente pesados. ¿Los pequeños calambres incontrolables con que le temblaban los músculos de las piernas se debían a la fatiga o al miedo?

—Señora...

Al oír ese murmullo, irguió la cabeza. Ante sus ojos tenía una espalda que parecía hecha de un cúmulo de rocas. Ese cuerpo que, en otras circunstancias, hubiese despedido un calor y una presencia abrumadores resultaba ahora frágil como un brote soportando el embate de la tempestad.

—¿Yaga?

Kisa había hablado con la pretensión de aparentar calma. Por desgracia, un leve temblor empañaba su voz. El líder de la comitiva, sin embargo, contestó sin volverse ni dar muestras de preocupación:

—Retroceded un poco y manteneos lejos de mí. Tinta, estás ahí, ¿verdad?

Acto seguido, se oyó la voz de Noe:

—Aquí estoy.

—Mantente agachada y protege a la Señora.

—A vuestro servicio. Seguidme, Señora.

Dejándose guiar por Noe, que se había acercado a ella sigilosamente, Kisa retrocedió y, agachada, se sumió en la oscuridad. Ninguna de las dos cuestionó la orden. Se lo impidió la tensa aura que Yaga despedía con todo su ser.

La mano izquierda del guerrero asía la lanza con que, durante muchos años, había escapado a la muerte. Era una quinta parte más larga que las lanzas de otros hábitos negros; casi el doble de gruesa y pesada. Si bien le permitía mantener la distancia con el contrincante y le proporcionaba más potencia, era complicada de manejar con soltura. Ni entre los mejores y más aguerridos hábitos negros de Ichinomiya abundaban aquellos capaces de manejar una lanza de tales dimensiones.

Yaga adoptó una posición de guardia media con el arma afilada, apuntando hacia la oscuridad que había ante sí.

Kisa había fijado la mirada en la silueta apenas distinguible del líder de la comitiva. Sus propios latidos y el ruido contenido de su respiración resultaban casi estridentes en medio de aquel silencio tenebroso. La frente le transpiraba y las constantes gotas de sudor se le metían en los ojos. Por mucho que le escociese, no podía enjugarlo; menos aún pestañear.

Se oyó un pequeño y breve chirrido.

Antes siquiera de poder preguntarse qué había sido aquello, Yaga ya se había movido. Su cuerpo se agachó al tiempo que soltaba una breve y aguda exhalación. Dio una gran zancada hacia delante con la pierna diestra a la vez que se retorció hacia la derecha de tal modo que casi perdió el equilibrio. Se mantuvo en esa extraña posición baja, casi a ras de suelo, sirviéndose de toda la musculatura de sus piernas, gruesas como troncos.

Por un instante, el campo de visión de Kisa que el cuerpo de Yaga tapaba quedó despejado. Lo que vio fue, sin embargo, una confusa e infinita oscuridad. No obstante, percibió con todo su ser al enemigo, que venía lanzado como una flecha, por la clara animadversión que desprendía. Una potente y resoluta animosidad, manifiestamente distinta a la de las personas, cuyo blanco era ella.

En ese breve instante en el que a ella ni siquiera le dio tiempo a moverse, el cuerpo de Yaga se retorció en una postura imposible, como si una mano gigante invisible lo hubiese estrujado. Tan distorsionada estaba su figura que a Kisa se le cortó la respiración. Acto seguido, toda la violencia contenida en cada músculo de Yaga estalló a la vez.

La lanza salió proyectada en vertical a la velocidad del rayo.

Estaba justo encima.

El arma de Yaga acertó en esa cosa que, como una pedrada, había descendido sobre sí. Un punto concreto del segundo metámero de la cabeza, en medio de aquel descomunal cuerpo. Yaga atravesó con todas sus fuerzas el único punto vital del enemigo, el cual, contra una lanza corriente en manos de un guerrero ordinario, habría quedado protegido por el duro caparazón.

Se produjo un agudo ruido y saltaron chispas.

El fulgor momentáneo le permitió a Kisa captarlo claramente: un monstruo gigantesco semejante a una escolopendra, varias veces más grande que el proceroso Yaga. Los dos pares de ojos que sobresalían de su cráneo plano, cuatro esferas deformes de tamaños dispares, carecían de párpados y pupilas, pero la muchacha sabía que todos la miraban a ella. Detrás de los ojos, se apreciaban dos largas antenas y un cuerpo articulado cubierto de exoesqueleto. Las alas cortavientos que solo poseían los especímenes adultos estaban completamente desarrolladas, con una envergadura que superaba la longitud de la bestia. Las patas raptoras que se prolongaban desde el tercer metámero intentaban sacudirse hacia abajo, y las infinitas patas ventrales que, como garras, le crecían en el abdomen bullían como invitando a Kisa a acercarse.

Un *myōfu*. Y, de entre ellos, el más agresivo: la escolopendra.

El temible depredador contra el que Ichinomiya había luchado durante siglos. Monstruos que bullían, pululaban y se arrastraban con el único fin de masacrar personas, sin siquiera comérselas, por la matanza y la carnicería. La gran mayoría de las personas de carne y hueso que sufrían un ataque directo de un *myōfu* perdían irremediablemente la vida por muy entrenadas que estuviesen; su carne era desgarrada, y los huesos, quebrantados.

Aquella figura se le cruzó solo un instante.

El cuerpo de la escolopendra, aprovechando el impulso de la caída, se retorció de forma antinatural, dio un gran brinco y se precipitó hacia la sombra de los árboles, que se combaron y se doblaron crujiendo, al tiempo que resonaba en la penumbra el ruido de cientos de hojas desparramándose.

Kisa solo pudo liberar el aliento contenido cuando, tras un rato casi excesivo de espera, no se oyó nada más que el sonido de las hojas dispersadas por el viento.

—Ya lo veo. Es el Fuchuan —anunció la voz de Noe en el momento en que, después de una marcha a oscuras de varios *koku*, Kisa empezaba a desfallecer.

Todos los presentes apretaron el paso automáticamente hasta que, al rato, los árboles desaparecieron y fueron a parar a un descampado sembrado de rocas. Todavía faltaba un poco para llegar a la ribera, pero, gracias a que las nubes por fin se habían disipado, Kisa pudo ver la corriente refulgiendo con el reverbero de las estrellas.

—Por fin hemos llegado. ¿Cuántos hemos sobrevivido? —preguntó Yaga volviéndose.

—Incluyendo a la Señora, siete —contestó con voz calma Noe, que había ido pegada a la espalda de Kisa durante toda la marcha—. Los únicos que hemos salido ilesos somos la Señora, vos y yo. El resto quizá pueda desplazarse, pero no está en condiciones de enfrentarse a los *myōfu*. A Kaji, el encargado de comunicaciones, lo han masacrado junto a su *feixin*, así que no hay forma de pedir ayuda.

—Veo que estás muy atenta. Por algo eres una tinta, claro —dijo Yaga sin pretender ocultar el sarcasmo—. Pero una buena tinta debe mantener los ojos y los oídos abiertos, recordar, sobrevivir e informar, con independencia de lo que les suceda a los suyos o de cuántos sean masacrados. Ese debe ser tu principio rector y jamás has de avergonzarte de ello.

Por un instante, Noe se quedó paralizada, pero a continuación le hizo una reverencia en silencio, sin que aflorase ningún sentimiento en su semblante.

A la luz de las estrellas, se vería a una chica esbelta que le sacaba una cabeza a Kisa. Su juventud y su físico llamaban forzosamente la atención en medio de una comitiva que se enorgullecía de la fortaleza de sus miembros y su rica experiencia en combate. El hecho, asimismo, de que Noe vistiese un mero sayo de combate, mientras que Kisa y el resto de miembros de la comitiva llevaban vestes de contienda —es decir, una coraza corta de cuero o una coraza ligera de metal por encima del sayo—, reforzaba la sensación de elemento discordante.

—Yaga —intervino Kisa—, Noe se juega la vida para protegerme al igual que los demás, así que...

—Perdón por el tono —se apresuró a decir Yaga inclinando cortésmente la cabeza sin dejar que Kisa terminase la frase. Tras respirar hondo y cambiar de gesto, como tratando de contenerse, se puso serio y se volvió hacia Noe—. Efectivamente, aunque seas tinta, perteneces a Ichinomiya

y, ahora, eres un miembro más de la Comitiva de la Señora. Se me ha subido la sangre a la cabeza. Perdóname.

—Ya lo sé.

Noe contestó en un tono monocorde, sin contacto visual. Al oírla, Yaga entornó la vista un instante. Tras una pausa, quizá porque había notado la mirada de Kisa o porque había recobrado la compostura, tomó de nuevo la palabra en un tono más sosegado:

—Me gustaría requerir de nuevo tus conocimientos. ¿Tienes alguna idea de dónde estamos?

—Si no me engaño —contestó de inmediato ella, sin siquiera mirar alrededor—, nos hallamos a legua y media del fuerte Nigiwa. Siguiendo río arriba, deberíamos encontrar un camino.

—¿Estás segura?

—Es por allí. —Noe señaló en medio de la oscuridad el curso superior del Fuchuan—. Veo la sombra de un puente. Si mal no recuerdo, el camino que hay del otro lado conduce al fuerte Nigiwa.

—Yo no veo nada —dijo Yaga mirando en la dirección a la que apuntaba Noe—, pero podemos probar.

—Sí —contestó al momento Noe.

El líder de la comitiva respondió con un breve «de acuerdo» y se volvió hacia Kisa, no sin antes enderezarse y corregir la postura.

—Me gustaría que descansáramos un cuarto de *koku* antes de reanudar la retirada y dirigirnos al fuerte Nigiwa. ¿Os parece bien?

Todos los presentes, comenzando por la propia Kisa, sabían que aquella pregunta era una mera formalidad. Formalidad que, de manera espontánea, no se había respetado durante la retirada en que se habían jugado la vida y que, ahora que se había recobrado, les producía a todos alivio, pues sabían que habían llegado a las orillas del Fuchuan, un lugar seguro para ellos.

El Fuchuan era, pese a su aspecto cristalino, un río ponzoñoso para cualquier criatura viva, salvo peces y demás criaturas acuáticas. Sus aguas eran dañinas para cualquier persona, y a quien las bebía o se sumergía en ellas sin antes haberlas hervido o filtrado de forma escrupulosa, le consumían la vida indefectiblemente, si es que no lo mataban en el acto. En el caso de los *myōfu*, actuaban como un potente veneno de efecto inmediato que llegaba incluso a descomponer su cuerpo.

Es por ello que, no obstante el peligro, las personas habían construido seis *miya* o regiones con villas amuralladas a orillas del Fuchuan. Gracias a

haber cavado fosos extramuros y canalizado las aguas del río, los *myōfu* se habían alejado a ojos vistas. Era sumamente raro que las bestias se interesasen ya no solo en el río, sino en su ribera.

—Sí, procedamos de ese modo.

—Gracias. —Y, tras una reverencia, Yaga se volvió hacia los otros cinco, que de forma natural habían formado un círculo en torno a Kisa—. Descansad un cuarto de *koku*, pero que cada uno esté atento a lo que lo rodea. No bajéis la guardia porque hayamos llegado al Fuchuan... Tinta, ¿puedes venir un momento? Quiero que me ayudes con una cosa.

Al notar que Noe la miraba de reojo, Kisa asintió con la cabeza. Noe, la tinta, debía permanecer en todo momento al lado de la Señora y, al tiempo que la protegía, recordar cuanto sucediese. Yaga, obviamente, lo sabía; así pues, debía haber un motivo de peso para haberla llamado aparte.

Como impelida por el gesto afirmativo de Kisa, Noe le dio la espalda junto con Yaga, y los dos se marcharon hacia el río hablando de algo.

—Señora, si gustáis...

Uno de los hábitos negros que quedaban había dispuesto a sus pies, no se sabe en qué momento, un gran leño lamido por las aguas del río. Kisa, aceptando el invite, se sentó en él y, al haberse disipado la tensión, su mente quedó desarmada frente al cansancio acumulado; unos instantes después, fue apagándose hasta quedarse dormida.

De ahí en adelante, los recuerdos de Kisa se volvían fragmentarios.

Un violento ataque sorpresa y, de improviso, la sensación de flotar.

Al despertar y abrir los ojos, lo primero que vio fue el cielo cuajado de estrellas titilantes.

Creyó oír gritos en la lejanía, pero no sabía a quién pertenecían ni qué decían. Al siguiente instante, incapaz siquiera de pensar en qué había ocurrido, todo su cuerpo recibió un fuerte impacto y su conciencia se sumió en las tinieblas.